

Pequeña antología de Antonio Martínez Sarrión

Función suspendida por súbita defunción del protagonista

Vuelves
de golpe el rostro.
Y te acuchillan
sin mover un músculo.
Arriba
las murallas. ¡Oh sílice
mordida! O peor:
vomitada.
Sin GRACIA,
sin primeros
ni últimos auxilios.
ASÍ,
no podrá nunca florecer
la rosa.

Elite de aburridos

¿En qué bosque las palomas depositan tu frescor,
que sólo Valery, de cierto modo,
y con muchos matices de dicción,
acertó a disfrutar?

Julio en el sur

Recogerme y decir:

esta es tu calle

era pronto y tomábamos café,

chopos

arrasados de polvo

y de cigarras, luz

del estío, el tren aquél,

la lenta despedida,

el pobre: “¡Muy buen viaje!”

Tu bolsillo de rafia y de través.

Quiero decir que simplemente estás

porque, otra vez, me traes el mundo nuestro

y aquel verano tan a pecho, tan.

Línea clara

No al cabo de una exégesis

que reseque los versos, ya estreñidos,

y pretenda alumbrar un misterio trivial.

Que la posible mística derive,

más bien, de esa fluencia en el decir,

con palabras comunes

– séanlo o no los motivos –
y a la vez imantadas:
tal sería el giro alquímico,
garante del vigor y lozanía,
de estos tanteos perplejos y a oscuras
que llenaron tu vida.

Últimos pájaros urbanos

Contra el hielo y los restos calcinados
Contra los calcetines poco abrigos y pasados de moda
Contra el motor de cuatro tiempos (muertos)
Contra el humazo tan poco dormido
Contra los densos telares de la tarde
rasgados por el neón intermitente
todavía cantan
Contra la red y los tridentes, contra
el pulgar victimario que ordena inmolaciones
todavía cantan
Contra los índices jurisprudenciales acorazados en sus rayos láser
Contra las encuadernaciones plásticas, color vómito, contra
las tijeras abiertas y no hay dónde morder
todavía cantan
Todavía cantan contra los teléfonos vendados,
contra las tazas forradas de piel y allí un enjambre de escolopendras

todavía trinan fuerte y alto
reclamando silencios, ramas cubiertas de rocío, tordos
de color invernal, tormentas
rebotando en los montes, en los ecos que tiemblan en tus ojos, amor,
todavía
en los ecos que aún oigo mientras sube
de la tierra arrasada aquel aroma denso
en el que se confunden los muertos y el mantillo
de este cielo postrero y sin renuevos.

(De *El centro inaccesible*, Editorial Hiperión, 1981)

Excelentes tiempos para la lírica

¡Qué delicia escarbar en la pelambre
hasta dar con el cuero cabelludo
y allí cientos de liendres eruditas
ahítas de la sangre eminentísima
de tal o tal talento alejandrino!
Felices con sus propias deyecciones
plasman en un papel los grumos últimos.
Como un rayo lo imprimen en itálicas,
y tras uso de zafa y toalla sucia,
y una vez ajustados busto y medias,
instalan su real cuerpo en Boulevard Cavafís

y les ingresa en cuenta el señor March.

(De *Horizonte desde la rada*, Editorial Trieste, 1983)

Octubre

¿Y ha de ser siempre así?

Las tardes cruzan

entre el valium atroz y el acecho a los árboles

a fin de sorprender ese ocre de la hoja,

nuncio de los despojos imparables

que, una vez más, esparcirán mis pasos

rumbo a sueños tachados.

De esa rutina sólo el viento duro

portando la fragancia de la lluvia

permitirá una honda, furtiva bocanada.

Y habrá que atesorarla como rara moneda

frente a la grave usura del invierno.

(De *De acedía*, Editorial Hiperión, 1986)